

1. Identidad

Woland



Capítulo 1

Identidad

Perdona que no te mire mientras me hablas, que no escuche con atención el torrente de palabras que te vienen con ofuscación en medio de la cena; que te ignore y siga tomando esta sopa de pollo que me enseñaste a hacer hace tanto. No es que no quiera oírte, es que la mente se desentiende cuando te me apareces de la nada con las mismas cosas, los gestos enredados y la pasarela por toda la casa.

Sigues hablando, te veo haciendo mímica; ya no es tu voz la que percibo, es apenas algo, tiene algo de ti, pero no eres tú, y es esa sutileza familiar la que no me deja levantarme; dejarte aquí, revoloteando como un canario perdido, repitiendo el discurso de siempre.

No sé qué fue de ti; de la persona despreocupada, la bohemia sin joyas ni perfume de Chanel; de un momento a otro el desnudo como uniforme natural de esto que llamábamos hogar, te pareció insípido, el coqueteo desbocado, carente de sentido. ¿Qué pasó, de un momento a otro te abandonaste a una vida fría, de brillos de salón y cristalería fina? Preferiste llevar una máscara en lugar de lucir con orgullo tus imperfecciones que te humanizaban tanto.

Se me antoja verlo como un cataclismo que sacudió tus cimientos frágiles, volviendo tus ojos dependientes de los otros, de esos que a su vez dependen de los tuyos. Parecen dejarse llevar por los encantos de un castillo de naipes, embellecido por polvo de oro que al final no es más que escarcha, destinada a deshacerse y recomenzar. Es triste. Solo me queda cerrar los ojos e imaginarte de nuevo, recordar lo que eras; comparar el sabor de cada sorbo con los besos y caricias, retirar la cuchara lentamente creyendo (sabiéndome engañado) que es tu piel; la libre, la indómita, porque es un hecho que tu corazón de fiera, que tu aire de felino sin cadenas me atrapó como una mosca en las babas del diablo. Ahora una sumersión en la sopa, otra cucharada, de nuevo el ritual, la escena.

Recuerdas aquellos días, si es que aún puedes hacerlo; la vida se nos iba en caminatas nocturnas, mirando los balcones, comparándolos con otros tantos, puntuando las flores, las macetas y uno que otro arbolito asomándose desde su cielo.

Resulta agrisado que tus quejas se entrometan mientras la veo a ella, saltando entre adoquines, equilibrándose en la menuda franja que divide lo peatones de los coches, exponiendo entusiasmada los cálculos necesarios que nos dirán al fin, cuántas copas hay que tomar para

terminar tirados en la playa, envueltos de arena y mar.

La veo ya, prorrumpiendo en la congregación de palomas, provocando su aleteo sordo y desordenado, sus trinos, la mirada inquisitiva de la gente; sin una pizca de respeto por su velo de superioridad moral o vete a saber qué. Bella, salvaje, así la recuerdo. Es una lástima que no te veas así, que los espejos estén rotos solo para ti, que ni el agua cristalina quiera mostrarte lo que ahora solo vive a través de mis ojos. ¡Ah!, es una pérdida. Para ti, para mí, luego el mundo que era su escenario, su pista de baile, su habitad natural.

Estoy por terminar y no hay palabras, ahora, al levantar los ojos, están los tuyos mirándome como sin vida, como si no hubiera nada detrás de ellos salvo una rabia por esta indiferencia que se resquebraja. Comienzo a lavar, vuelvo la cabeza a ver si ella sigue ahí, y lo está, pero apenas es una imagen translúcida que va perdiéndose, se deshace con los últimos rayos de sol de esta tarde que se repliega y trae la noche, quedando solo tú.

Cierro la llave con resignación, como quien lo hace con unos ojos que se rehúsan a dejar de llorar, el plato va al escurridero, la cuchara al vasito con agujeros, la mirada a tu reflejo en la ventana, a tus ojos vacíos que parecen verme desde muy lejos, luego a mis palmas húmedas y pegajosas; tomo el trapo, lo froto desesperado contra mis manos mientras subo las escaleras. Ahora te siento cerca, siguiéndome en silencio, sólo el eco de mis pasos en la madera crujiente es lo que resuena por todo el lugar.

Estoy en el segundo piso, voy directo a abrigarme con las sabanas y ahí estas otra vez, sentada en el borde de la cama, mirándome y yo deseando que ella estuviera aquí, abrazados, diciéndome que todo estará bien, que las cosas volverán a ser como antes.

Woland Verdecia.